



IX Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2007

CATEGORÍA ADULTO: Tercer Premio
Relato premiado: “Antón de Añón”
Autor / a: Isabel García Viñao (Jaca-Huesca).

ANTÓN de AÑÓN

Y Antón, claro que sí, había aceptado su vida en medio de esos parajes, en ese valle redondo rodeado de montañas, bastante cerrado al mundo, con una abnegación que rozaba el sacrificio. A decir verdad, solamente en dos ocasiones sintió renunciar a lo mucho que fuera de Añón le podía ofrecer la vida y ambas fueron por amor.

Amenazaba tormenta. Las nubes negras embebían la luz de los relámpagos zigzagueantes, pero, aún así, se escapaban algunos reflejos que perfilaban las montañas y las siluetas de las casas del pueblo. El castillo-palacio, orgullo del lugar, se erguía junto a la iglesia, con sus cinco torres enhiestas, vigilantes pero desmochadas. Debido al fuerte estruendo de los truenos, el rebaño estaba asustado, enloquecido en balidos, desorientado y de aquí para allá. Desobedecía el ataque de su perro Gas por diferentes flancos. Antón se mostraba paciente pero impotente, sin poder controlar aquello que desde su infancia estaba en sus manos, siempre aferrado a su garrote de boj tan minuciosamente tallado en los inagotables momentos de soledad. Su punta, en un principio afilada, se había transformado en roma del insistente y continuo martilleo contra el suelo cuando se ensimismaba en sus recuerdos, digiriendo los sabores y sinsabores

que va dando la vida. Le habían caído los años sin sentir, en un plis-plas, con el ilógico paso acelerado en medio de tanta quietud y, con ellos, también caía la nitidez de las imágenes, guardadas como oro en paño en su memoria. Sus días transcurrían con esa rutina que adormece la mente pero que no permite que se pare el cuerpo. Antón siempre estaba en continuo movimiento debido a incontables faenas en el campo, con el ganado, con la hierba y el cereal, con ... con la cotidianidad diaria que no le permitía parar desde el momento en que sacaba los pies de la cama.

Antón ni siquiera salió de casa para ampliar conocimientos como hicieran otros chavales de Añon que bajaban a la escuela de Vera del Moncayo o a la de Tarazona. Don Lucas, el maestro, dijo a sus padres que le había enseñado todo lo que él sabía ¡Qué sinceridad y que gran humildad la de los maestros! En realidad si no había salido era porque su tío, Valentín, un tío soltero de fuerte peso en las decisiones de la casa por ser el heredero, convenció a los padres de que lo que Antón (en esos años Antoñín) había aprendido era más que suficiente para poder afrontar los avatares que la vida le iba a exigir. Por ello, con tan sólo doce años, abandonó la escuela y pasó de una cartera manida que contenía una enciclopedia manoseada, cuadernos con dobleces en las hojas, algún que otro lápiz mordisqueado y trozos de gomas hechas trizas, a una alforja de tela fuerte, un poco grande para su talla, nivelada casi con las suelas de sus zapatos y que incluso arrastraba en los pequeños montículos del Moncayo, en los que se distribuían sus ovejas y cabras entre bojés, espinos, aliagas, romeros,...

Llegó la quinta de Antón; la del cuarenta y tres, el servicio militar y su destino. Sacó la enciclopedia de un arcón de la habitación y buscó El Ferrol. No podía imaginar que España fuera tan larga hacia el oeste. Le sorprendió. Siguió el recorrido varias veces con un dedo tembloroso. Todavía le asustó la distancia más cuando observó en el mapa que, prácticamente, Tarazona y Zaragoza se estaban tocando, y, sin embargo, el trayecto en autobús cuando acudía a la capital se le hacía interminable. Conforme se aproximaba la fecha de incorporarse a la mili, el insomnio le crecía al ritmo de su inquietud.

Ya en El Ferrol, pasó cuatro años haciendo guardias en una prisión militar, armado con su mosquetón. En las horas interminables de no hacer nada o poco menos que nada, echaba de menos a Gas, su fiel compañero con el paso de los años,

entristeciéndole la simple idea de que en algún permiso pudiera no salir a su encuentro cuando cogía el atajo remontando el río Huecha. Los doce años del perro representaban más de ochenta en una persona, y por ello, Gas se encontraba en una edad crítica. Recordaba mucho la matacía. ¡Qué fácil era coger de la buhardilla una rastra de chorizo o longaniza, o de la tinaja de la despensa un cazo de conserva y acompañarlo con pan del horno de casa! También recordaba a sus ovejas, en especial a Carmela, la de pendientes y dulce balido, y el cielo azul del valle redondo de Añón, de un azul especialmente intenso –un azul semejante al de los cuadros de los Impresionistas franceses – en contraste con el grisáceo de El Ferrol. Eso sí, allí, le gustaba salir el fin de semana a pasear hacia el puerto militar. Le llamaban la atención los buques de guerra atracados en el puerto, y también Finisterre, por la fuerte e impetuosa bravura del mar. Pero lo más deseado, sin lugar a ninguna duda, era volver a ver a una chica con la que se había cruzado en alguna ocasión por el puerto, de mirada intensa, al menos para él, y de la que ni siquiera sabía el nombre. Pero eso sí, la quería, o al menos creía amarla porque en amores no estaba nada acostumbrado. Él intuía que aquello podía llamarse amor y era muy bonito porque El Ferrol recobraba luminosidad cuando pensaba en ella. Y ya no digamos cuando la veía.

El día de la festividad de la Virgen del Rosario se levantó nostálgico y con el presentimiento de que ese día iba a ser diferente. Imaginaba a los vecinos de Añón yendo de romería, con las alforjas llenas de comida para honrar a su patrona, la partida de bolinches en la plaza de la iglesia (un magnífico lugar capaz de retener la bola de piedra lanzada con fuerza sobre las damas de madera, colocadas en punta de flecha), y, ante todo, el dance del pueblo, relatando la batalla de Lepanto, en el que Antón realizaba muchos años el papel principal, el de Mayoral. También estaban en su imaginación los músicos y los mozos en pasacalles dedicando las mejores tonadas a la Virgen y a las mozas añóneras. Miró por la ventana del cuartel y sintió la misma sensación que cuando lo hiciera desde las ventanas del castillo cimero, emplazado en el promontorio más alto de Añón, vigilante del valle. ¡Cuántos ojos habrían oteado desde las ventanas de las torres del castillo a lo largo de la historia para defender a Aragón del ataque castellano! – pensaba repetidas veces. Mas tarde, vestido con el uniforme de paseo, salió a la calle. Dubitativo se dirigió hacia el paseo marítimo. El sol lucía con mucha fuerza, como si en lugar de ser otoñal se tratase de un sol de verano. El calor unido a la humedad era insoportable. Se sentó en un banco desde donde podía contemplar los buques, las olas,

las gaviotas reidoras,... y tal vez, con un poco de suerte, a su sueño: a esa muchacha con la que en alguna ocasión se cruzaba y que en su imaginación era como una sirena surgida del mar. De pronto, la mirada de Antón perdida en el infinito, volvió a la realidad al tiempo que su corazón latió con mayor fuerza. Era ella y la encontraba más hermosa que nunca. La imagen repentina de esa muchacha, entre sirena y realidad como si la hubiese vomitado el mar, su proximidad, y lo cierto de que lo imprevisto nos da mayor osadía al no dejarnos tiempo suficiente para recapacitar, hizo que se levantara del banco y casi se “lanzara” sobre ella. Era la ocasión, al menos, de poder saber su nombre. Se presentó con el tartamudeo propio del estado nervioso. Se quedó maravillado de su voz, de su mirada, de su entonación y elocuencia e incluso le pareció precioso el nombre de Carmiña, una variante del de su oveja Carmela. Ella era de Fene, pequeño pueblo unido a El Ferrol, al que se llegaba después de atravesar un largo puente. A Antón los minutos que estuvo junto a ella se le pasaron en un santiamén. Apuró la hora de retirarse, agotando hasta el último segundo. Como despedida, besó sus mejillas con mucha dulzura. El roce de los labios con su piel estremeció cada fibra de su cuerpo. De sus ojos se desató un deseo irreprimible: el deseo irrefrenable y como un torbellino que agita la sangre cuando se está enamorado y se es joven.

Su comportamiento en el cuartel fue sumamente responsable y disciplinado hasta que, el estado de ensoñación y el de enamoramiento le acarrearón no pocos arrestos. El primero, por llegar tarde. En realidad, ese domingo había atravesado el puente de Fene para acompañar a Carmiña hasta su casa. En la puerta del acuartelamiento, el reloj marcaba esos minutos de más que lo llevarían al calabozo. Los días que estuvo encerrado, echó de menos la libertad del valle de Añón, un valle aislado y silencioso, encerrado – o mejor, parapetado – por las montañas del Moncayo. Allí pensó en la disparidad existente entre su pueblo y la zona céntrica de El Ferrol. Veía a las personas como pobladores de un hormiguero. Pensaba que morir en una gran ciudad sería como no morir, - pues poca gente se enteraría, y no como en Añón que, cada vez que alguien fallecía, acudían al entierro de Vera, de Alcalá, de Litago, de Lituénigo, de Santa Cruz, de Grisel, de... de todos los pueblos del Moncayo -. Y si morir en el meollo del hormiguero sería un no morir, vivir, de idéntica forma, sería un no vivir. Añoraba más que nunca la tranquilidad de su valle y el modesto y bien conservado hogar de su casa, en el que se disponía toda la familia cerca del fuego, sentados en un banco, oliendo el aroma del vaho

que salía del puchero. Y por supuesto, en su imaginación, sentada entorno al hogar también estaba Carmiña. Pero a ella no sólo la imaginaba cerca de la chimenea, también, con mucha frecuencia, en su alcoba, en su cama, junto a él, abrazados. Ella llenaba todo. El profundo ensimismamiento lo aislaba del mundo real, esbozándose en su boca una amplia sonrisa que inundaba todo su ser. En su imaginación correteaban por las calles de Añón, bulliciosamente, a saber, tres o cuatro chavales fruto de su unión con ella, sanos, con las mejillas sonrosadas por el cierzo. No estaba definido el número, como tampoco lo estaba la inmensa felicidad cuando pensaba en su vida futura junto a Carmiña. Más tarde, y con esos pensamientos, se durmió profundamente y siguió soñando, hasta que el chirriante sonido del recorrido del cerrojo de la puerta del calabozo y el “clic” final lo despertó (en plena efervescencia de sus sueños) para recobrar la libertad.

Antón llegó justo al toque de fajina para sentarse a comer al salir del calabozo. Más tarde, el día le sería sorpresivo. En los dos años y pico que llevaba cumpliendo, podían contarse con los dedos de una de las manos, el número de veces que había contestado “presente” al cabo furriel que repartía el correo. A decir verdad, era lógico, porque sus padres no sabían escribir y su único hermano, carecía de tiempo, siempre absorbido por el trabajo del campo y el pecuario. Paradójicamente, leer en el sobre Antón Escartín, le ilusionaba y le daba miedo a la vez. Era la letra de su hermano Ramón. Con el presentimiento de que algo malo ocurriera o hubiese podido ocurrir en su casa, abrió el sobre con sus manos temblorosas, como a bocados, comiéndose - de los nervios - parte del lado de la cuartilla contenida dentro. La inquietud se desvaneció y se convirtió en alegría cuando en el segundo párrafo su hermano, que llevaba más de tres años casado, le comunicaba que su cuñada estaba esperando un hijo.

A mediados de octubre a Antón le concedieron quince días de permiso. Subió a Añón por un atajo que nacía en una de las orillas del río Huecha. Sus aguas corrían como un hilito y con la pátina dorada que les pintaba el sol, como si todavía fuese verano. Gas, que había salido a su encuentro, le dio el beso de bienvenida con un lengüetazo. El pensar que no iba a ver a Carmiña durante varios días, le producía dolor en el pecho y una sensación no definida en el estómago, pero, por otro lado, encontrarse con los suyos le hacía pisar con ilusión y fuerza cuando atravesaba el coscojar y el robledal colindante al pueblo. Al cruzarlo, escuchaba el chasquido de las primeras hojas secas caídas en el

otoño y el crujido de alguna bellota. Recordó lo que tantas veces había hecho de niño: recoger esos frutos que después servirían de alimento de los cerdos. Remontado el desnivel, divisó las torres desmochadas del castillo-palacio, la iglesia de Santa María y en general la estampa del pueblo. En ese momento, fue cuando se sintió aligerado del peso de la tremenda opresión que le causaba la ausencia de Carmiña y cuando pudo comenzar a respirar un poco más profundamente.

Antón enseguida se puso al corriente en las faenas propias de la casa. En realidad, experiencia no le faltaba. Al día siguiente de llegar, los añoneros iban a reunirse para acordar el traslado de las ovejas, - que habían pasado el verano en los pastos del Moncayo -, a zonas más bajas. Tenían que recorrer largas rutas por cabañeras que llevaban en cada estancia hasta las zonas altas de mejores prados para el rebaño; de esta manera, el verano lo pasaban en las frescas y abundantes praderas de los altos puertos del Moncayo. Antón no era interesado, la abnegación siempre fue una de sus virtudes hasta la muerte, sin embargo disfrutaba, preferentemente, viendo comer a las ovejas marcadas con la “E”, inicial de su apellido.

Los pastos que Antón prefería para sus ovejas eran los que tenían la tasca más fina. Además, eran lugares privilegiados en colorido. Se formaban, en círculos, aprovechando la frescura de algún riachuelo que corría desperdigado, mantos de gencianas azules, celidonias amarillas y de orquídeas de colores variados. Sin embargo, en zonas sombrías y húmedas, debajo de los pocos árboles diseminados que crecen en las alturas, resaltaban las nemorosas blancas, erguidas por su lozanía. Ni que decir tiene que Antón tenía una sensibilidad especial para observar la naturaleza. Además, esos lugares de pasto disponían de buenas casetas de pastores, de paredes gruesas que protegían tanto del calor como del frío, con buen hogar para guisar migas mezcladas con sebo o tocino, y buenas chuletas del cerdo de la matacía, guardadas en salazón para ocasiones.

El tiempo que Antón permaneció en los pastos del Moncayo, Carmiña se le reproducía en su mente. Con la distancia de por medio, su imagen se agigantaba y el deseo de estar con ella se convertía en un pensamiento fijo, casi obsesivo. Se preguntaba qué le podría ofrecer y consecuente con su ofrecimiento, si ella, por él, sería capaz de

renunciar a lo suyo y más difícil aún, a los suyos. En realidad, el solo hecho de pensarlo le daba miedo. Había escuchado que, de forma especial, los gallegos al alejarse de su tierra crean mucho sentimiento nostálgico y que la morriña en uno de los miembros de la pareja no era buena compañera para el matrimonio.

Se acercaba el día de reincorporarse al cuartel. No es que le quedara mucho tiempo para acabar de cumplir, poco menos de un año, pero el regreso a El Ferrol le costaba y eso que sabía que allí estaba lo que más amaba. Y después de licenciarse ¿qué? –se cuestionaba. Ese después unido al qué, le inquietaba. Se preguntaba si cambiaría su vida, si iba a poder estar junto a Carmiña y si por fin podría alcanzar los sueños que había concentrado en su mente, cerrando tantas veces los ojos, imaginándola a su lado, en su valle, con tres o cuatro hijos sanos y preciosos. Él debería regresar a Añón cuando se licenciara. Ramón, su hermano heredero por ser primogénito, sería incapaz en el futuro de sacar, él sólo, la hacienda adelante. Además, era una casa fuerte y necesitaba de varias manos para sacar el trabajo adelante. Su grandeza quedaba constatada por el gran escudo tallado en piedra dura sobre el arco de la puerta. En él aparecía un trébol de cuatro hojas. La superficie de las dos hojas superiores estaba ocupada por dos corazones y las dos inferiores por una flor de lis y sus dos hojas. Don Félix, el yayo, lo interpretaba y decía: *“La suerte estuvo echada cuando se unieron mis padres en matrimonio y cruzaron su sangre de nobleza”*. Esta interpretación que el yayo hacía de los bisabuelos de Antón, se había convertido en leyenda y en los cuatro matrimonios habidos de los herederos de la casa, la felicidad se había instalado como una constante repetida.

El día anterior a su regreso a El Ferrol, a doña Aurora, la madre, le caían lágrimas, pesadas como el plomo, que mojaban las prendas que iba introduciendo en el petate. Sólo había tenido dos hijos y para ella, pasara el tiempo que pasara, Antón, por ser el pequeño, no crecía nunca: siempre sería su *Antoñín*. La marcha significaba no volverlo a ver hasta Navidad, o peor, ni siquiera sería seguro su regreso, pues, para una semana que le daban en esas fechas, el largo trayecto desde Galicia al pueblo y la lentitud de los trenes se le comían más de la mitad del permiso y no le merecía la pena realizar un viaje tan largo. La madre lloraba desconsolada pensando en no volverlo a ver hasta que se licenciara.

Y así fue. Hasta el día de licenciarse, en su vida no es que le hubieran pasado muchas cosas: simplemente una secuencia de hechos repetitivos sin la más mínima importancia. Eso sí, un fin de semana tras otro, su gran deseo era poder estar junto a Carmiña. Las tardes a su lado eran inolvidables, pero, ante todo lo fue una en el sentido más amargo. A su petición de vivir junto a él en Añón, - viendo las montañas y la dehesa del Moncayo, en lugar del mar -, ella le había respondido que no podía imaginar la vida tan lejos de su tierra y menos aún de los suyos; que lo sentía mucho y que, aunque ese amor era muy grande, el tiempo sería el encargado de ir borrando el pasado. Con la aflicción que se le puso al escucharla, Antón fue engullendo todo: las caricias y las lágrimas, los besos y las puñaladas, la desazón, la amargura y la grandeza de tenerla en sus brazos. La voracidad de Antón no tenía límites.

Y con ese dolor que no podía arrancar de su corazón, con el corazón hecho pedazos, se licenció y regresó al pueblo para volver a emprender las tareas cotidianas sin ánimo y sin ilusión.

Los primeros meses fueron excesivamente duros, como si esa especie de “enfermedad” de su corazón fuese incurable. Lo peor, la opresión en el pecho y un alicaído estado de ánimo. Un ánimo tan tambaleante como los primeros pasos de Manolito, su sobrino, su único refugio, con quién podía recuperar la ilusión perdida a ritmo lento. Un bebé rollizo que parece que intuía la tristeza de su tío. Cada vez que se le acercaba, le dedicaba amplias sonrisas y sonoras carcajadas. Entre ellos existía una sintonización, una empatía muy especial, que el niño exteriorizaba con balbuceos y babeos del esfuerzo, creándose entre ellos una atmósfera envolvente de cálida ternura. Cada atardecer, el desánimo iba dejando paso a momentos de regocijo, cuando después de un día de duro trabajo, Antón se dirigía a la cuna de Manolito. Tan pronto como el tío apartaba la gasa de la cuna que lo protegía de moscas y de mosquitos y asomaba la cara, el bebé le soltaba desinhibido estrepitosas risotadas y empezaba a bracear y garrear panza arriba (como cuando un escarabajo se cae de espaldas sobre su caparazón y mueve sus patas para intentar volver a su posición normal) pidiendo que lo cogiera. Y Antón, claro que sí, volcando todo el amor que era capaz de darle, lo retenía en sus brazos y le hacía todo tipo de mimos y carantoñas. Y así, día tras día, junto a su sobrino,

iba cargando el ánimo que había perdido e iba olvidando poco a poco a Carmiña. Muy poco a poco.

Las carnes rollizas de Manolito, los repliegues de la tripa y las lorzas en brazos y piernas se iban estirando a pasos agigantados al tiempo que iba creciendo. Los buenos aires del Moncayo, le ayudaban a desarrollarse sano y vigoroso. A su abuela, Aurora, se le caía la baba al mirarlo. Su nieto le hacía revivir la infancia de su Antoñín. Toda la familia estaba de acuerdo en el parecido entre tío y sobrino, también los vecinos del pueblo. La unión entre ambos era tan fuerte que rozaba la complicidad. Manolito se ponía ufano cuando su tío le tendía la mano. Lleno de orgullo, el chaval lo miraba en vertical desde su posición de enano. Y desde esa posición de liliputiense y de la mano, iba escuchando las continuas respuestas a sus “por qué”, que el tío, con la santa paciencia que lo caracterizaba, le explicaba al detalle. Ocurría, a veces, que el deseo de saber en el niño era tan mayúsculo que ante respuestas inacabadas del tío, surgían disparos de metralla de nuevos “ por qué” encadenados. Por ello, las respuestas de Antón siempre surgían con retraso frente a la insaciable curiosidad del sobrino. Una curiosidad ilimitada e incuestionable que sobrepasó “La Etapa del Preguntón”. El interés por todo lo que le rodeaba y estaba al alcance de su mano era inmenso. Todo lo que veía y tocaba le llamaba la atención, así como lo que veía y no llegaba a alcanzar.

El primer día de escuela, Manolito entraba triunfante con su cartera nueva, repleta de bártulos por dentro. Antón al comprarla había previsto el rápido crecimiento de su sobrino. Casi la arrastraba, como le había ocurrido a él con la alforja los primeros años de pastoreo. “*Casa Hidalgo*” se encontraba en el promontorio, en una dependencia del castillo-palacio. Desde el barrio alto se accedía al bajo, donde estaba ubicada la escuela, por un camino estrecho de herradura. En el portal de la escuela rezaba: ” ESCUELA NACIONAL DE AÑON DE MONCAYO”, tallado sobre una robusta piedra plana con letra “*Lucida Calligraphy*”, de un gótico casi ilegible, muy utilizada en tiempos pasados para estos fines. Don Lucas, el maestro de Antoñín, aún seguía allí como un luchador incansable. Por supuesto, muy entrado en años. Como persona encargada de la educación de los niños del pueblo, desde que acabara sus estudios de Magisterio -vocacionales en sumo grado-, entendía a cada uno de ellos con sus habilidades y torpezas, los sueños y las esperanzas, sus capacidades, actitudes y sus limitaciones. Y

Manolito, por su naturaleza, extraordinariamente curiosa, sobresalía del resto. La intuición le hacía percibir instantáneamente cualquier cosa como si la tuviera a la vista. Ese don natural bien pudo ser alimentado por las enseñanzas de su tío Antón. El pequeño sentía ciega pasión por los animales y el paso del tiempo no haría más que acrecentarla.

Se acercaba la Fiesta Mayor del pueblo, ese siete de octubre, día de la Virgen del Rosario. Antón había prometido a Manolito honrar a la Virgen, patrona de Añón, de una manera especial.

Llegó el día de venerar a la santa. La única ermita relativamente cercana que llevaba el nombre de la patrona del pueblo era la de Ambel. Quedaba un largo trayecto por recorrer. El sol enviaba sus primeros rayos como dardos. La luz absorbía la penumbra. Amanecía. Manolito iba sentado en la grupa a horcajadas. Antón llevaba uno de los extremos del ronzal sujeto en su mano, el otro estaba asido a la cabeza del macho Tell de color zaino. En alguno de los pocos silencios que se producían, se escuchaba el chasquido del golpe de las herraduras contra el suelo pedregoso del camino que une Añón con Alcalá de Moncayo. De vez en cuando, incluso saltaban chispas del contacto. Enseguida pasaron sobre el puente medieval para salvar el barranco de Morca. Luego atravesaron el río Huecha, dejando a las espaldas Alcalá de Moncayo. Antón sabía que la mejor manera de llegar a la ermita del Rosario sería seguir el curso del barranco de los Moros que era el que corría por Ambel cuando en primavera llevaba agua. Un poco más adelante, en lontananza, surgía un vasto espacio bastante llano. La ermita estaba sola, completamente sola, destacando en ella su esbelta torre mudéjar, en medio de campos de cereal, a trasmano, rodeada de un grandioso escenario natural de enebros, aliagas, retamas, coscojas, y alguna planta aromática, como el tomillo, el hinojo y la manzanilla.

El camino hasta llegar a la ermita de Ambel había sido largo. Más que los pies, era el estómago el que se quejaba gruñendo. Bajo la sombra de un inmenso chopo, Antón sacó la comida del morral, buscando lo mejor para el sobrino. Tell se revolcaba acalorado, intentando impregnarse de la frescura de la hierba más lozana que crecía colindante al barranco de los Moros. Después de echar una pequeña siesta llegaría el regreso, en el que se desharía cerro tras cerro lo andado. Como el tiempo apremiaba, habría que coger atajos para poder llegar a la hora de la cena y, escuchar, e incluso, bailar, las tonadas de

los tres músicos que habitualmente animaban las fiestas de Añón. En el momento en que Tell coronó el primer mogote, en concreto, la cumbre llamada Estella, Antón miró por última vez la ermita, dejándole un dulce sabor a nostalgia del pasado.

Antón salió al baile después de una buena cena. Toda la familia reunida había disfrutado de exquisitos manjares. Su mirada se dirigió enseguida hacia una esquina en la que se encontraba una sobrina de “*Casa Perico*“. Desde ese momento, toda su atención se había desviado hacia aquella esquina. De ella sabía que vivía en Zaragoza. La había visto en varias ocasiones, y, siempre siempre sentía atracción hacia ella. Ignoraba el motivo por el que, cada vez que la veía, su recuerdo perduraba, y ni siquiera el paso del tiempo era capaz de esfumar su imagen. La timidez le impidió dar un paso hacia delante, permaneciendo todo el tiempo apoyado en la pared como un pánfilo. Reprochaba su cobardía. Cuando ella pasó a su altura, sintió un sopor abrasador que con rapidez iba ascendiendo por su cara. No fue capaz de articular ni una sola palabra, ahogado y embargado por una profunda emoción que lo había dejado mudo. Eso sí, su mirada fue la que delató el interés por ella.

A Antón empezaban a pesarle los años y eso le preocupaba. Esa noche durmió poco y mal. El desasosiego, que crecía con fuerza en su interior, provenía de la incertidumbre de no saber si al día siguiente podría verla y, en caso afirmativo, si sería capaz de hablar con ella. Ya acababan las Fiestas, y, lógicamente, tanto si Elena trabajaba como si estudiaba, el lunes ella debería estar de nuevo en Zaragoza. Esta certeza en el pensamiento no hizo más que incrementar su nerviosismo y no dejarle pegar ojo casi hasta la temprana hora de levantarse. Lo primero que hizo, a poco de entrar la mañana, fue dejar que el agua fría aliviara sus ojos hinchados y enrojecidos del desvelo. Abrió, de par en par, las contraventanas y miró hacia la probable ventana donde ella pudiera estar durmiendo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, de nuevo, estaba enamorado. Hurgó en su interior hasta conseguir sonsacar de su memoria el recuerdo de su anterior y único amor, Carmiña. Éste era idéntico o al menos lo creía semejante: una especie de atontamiento mental que con ella en su pensamiento le hacía flotar entre nubes. Tal vez este nuevo amor estuviese alimentado e impregnado de pocos y pequeños recuerdos sueltos en el pasado, distanciados e inconexos, pues Elena venía desde pequeña a casa de sus tíos y él siempre había sentido cierta atracción hacia ella. Se

prometió sacar fuerzas de flaqueza y, si por ventura tenía la ocasión de verla, hablarle con valentía. Realizó las faenas matinales a un ritmo frenético, como un cleptómano que intenta robarle minutos al tiempo y así poder merodear, como por casualidad, por las cercanías de la casa. Aún era temprano y, poco a poco, en el recién amanecido y luminoso día, Antón fue deslizándose en el mismísimo mundo de los sueños, estando su imaginación siempre ocupada con Elena. La espera no fue demasiado larga hasta el momento de escuchar el ruido de la puerta del balcón y menos aún, tras la gratificante recompensa que se le iba a ofrecer a la vista. La vio desperezarse bajo una camiseta de tirantes hasta media pierna, un tanto desgastada por el uso. Con la ayuda de la limpia luz matinal propia de un día claro, se traslucía la forma de sus pechos no demasiado grandes y redondeados. Antón miraba desde detrás de un arbusto enraizado dentro de una pared. La fuerza de las raíces y del tronco la estaban resquebrajando. Su crecimiento favorecía la fuerza de la gravedad para el inminente desplome del muro sobre el camino. Por mala fortuna, coincidiendo con la entrada a la escuela, Manolito había advertido a su tío detrás de aquella pared y extrañado lo llamaba a gritos. El tono del chaval se fue elevando ante la falta de respuesta. En la mente de Antón se entremezclaron varias alternativas. Pero hiciera lo que hiciera con ninguna tendría escapatoria. ¿Cómo podría salir airoso sin que Elena lo advirtiera? Si se daba cuenta de que la había estado espiando, lamentablemente, podría suponer perderla antes de tenerla. ¡Y Manolito, por Dios, seguía desgañitándose! Por ello, optó por salir de allí con una tranquilidad pasmosa, simulando que no pasaba absolutamente nada, con la cabeza levantada, orientándola en sentido opuesto al balcón de Elena. Además debía apresurarse, Ramón estaría impaciente, buscándolo, a la espera de soltar el rebaño. Como Antón siempre era puntual, su demora podría inquietar a su hermano.

Antón había ordenado a Gas que se colocara en el extremo norte del camino. Cada perro muerto era sucedido por otro del mismo nombre (a Gas muerto, Gas puesto). El nombre de todos ellos, en concordancia con la rapidez de sus movimientos, era como el orden dinástico de los reyes. En esta ocasión, tras los mandatos de Antón, Gas IV lo miraba con ojos agudos pero desconcertados, casi ocultos por la cortina del flequillo lacio que le caía con gracia sobre el morro. La misma confusión sintieron los animales que por costumbre, siempre se encaminaban cañada arriba. Sin embargo, ese domingo, Antón había elegido como lugar de pasto para las ovejas que por diferentes circunstancias no

habían subido al puerto, las praderas colindantes al único camino que bajada a la carretera general. Era la última esperanza que le quedaba para volver a ver a Elena. Y así ocurrió no tardando demasiado.

Pasado el mediodía, los rayos del sol caían perpendiculares con fuerte aplomo. Con intención de dirigirse a la fuente, Antón miró hacia el camino que lleva al pueblo. Se quedó inmediatamente paralizado, casi podría decirse petrificado, excepto su corazón que enloquecido comenzó a palpar a un ritmo frenético. Por sorpresa y con dificultad, como si acabara de realizar un gran esfuerzo, exhaló todo el aire contenido en el interior de sus pulmones cuando pronunció ¡Elena!

Elena bajaba sola. El cierzo del Moncayo meneaba a su son el ligero vestido, agraciando aún más, si cabe, sus ágiles y femeninos movimientos. Antón tragó saliva. Embelesado se quedó boquiabierto. Arregló su boina dándole un toque de coquetería como lo hiciera con la gorra militar antes de los encuentros con Carmiña. El calor y la inquietud hacían que el sudor le cayera a raudales, difundiéndose transversalmente cuando se encontraba con las incipientes arrugas de la frente; sin embargo, el que surgía en sus sienes se encauzaba y resbalaba engrosándose a lo largo de sus mejillas. La cercanía de Elena, le continuaba formando un molesto nudo en su garganta y le agitaba la sangre y la respiración. Antón se aproximó hasta el margen del camino y le propuso acompañarla. Ella accedió con un simple *“¡bueno, si te apetece, puedes hacerlo!”* Acto seguido se adueñó de ellos un prolongado y cortante silencio que Antón interrumpió con el grito que dirigió a Gas que, lengua afuera y con sobrealiento, los seguía por el camino con paso cansino y aplanado, dejando desatendido al ganado. Fue a partir de ese momento cuando, entre ellos, se desató una conversación la mar de animada. Deseaba más que nada en este mundo saber de ella. Apocado le pidió la dirección. Le fue fácil memorizarla. Calle “ Predicadores”, la había escuchado un montón de veces y “ 35” coincidía con su edad. Antes del adiós, como despedida, le dio dos besos en las mejillas y obtuvo el permiso para poder cartearse. Antón remontó el camino enfrascado en sus pensamientos con mucha alegría, con muchos y recientes recuerdos amontonados en su cabeza, con renovadas ilusiones forjadas en su mente; entre ellas, de nuevo, tres o cuatro chavales correteando en algarabía por las empinadas calles de Añón y jugando a la sombra del castillo-palacio.

El tiempo que permaneció a la espera de respuesta de su primera carta se le hizo interminable: más por la ansiedad del propio deseo que por el tiempo real mediado. Una vez cumplido su sueño, cuando tuvo la carta en sus manos, se sintió gozoso. La primera lectura la hizo rápida, muy rápida, dando paso enseguida a una segunda en la que iba saboreando, línea tras línea, o mejor, palabra a palabra, lo que Elena le contaba. Y así, de esta manera, entre un gran cantidad de cartas de ambos y de fugaces viajes, fueron pasando los años a mansalva y en un plis plas.

Cumplidos cuarenta y cinco años y ella con treinta y ocho a punto de ser cumplidos, Antón necesitaba que Elena le diera ya respuesta a su propuesta de venir a vivir junto a él en el pueblo. Tenía en mente acondicionar una casa que pertenecía a la familia desde la antigüedad, también próxima al castillo. Antón le hizo la propuesta a su amada cuando marchaban por un sendero fresco; un sendero que discurría paralelo al barranco Morana y que conducía a la fuente de la Cueva (nombre bien merecido porque brota la fuente en el interior de una cueva calcárea). Próximos a la fuente, se sentaron en una piedra aplanada, colocada allí como a propósito, en la linde de un campo sembrado con hierba forrajera de pipirigallo o esparceta, que crecía mechada con zarcillos ramificados y lozanas flores arracimadas de color rosa vivo. Allí le hizo la pregunta a Elena y también allí recibió una puñalada directa en su corazón cuando escuchó la negativa de dejar Zaragoza para venirse a vivir a un lugar aislado, con escasos habitantes, y sin otro aliciente que la espera del amanecer o, incluso mejor, del anochecer de cada día. Por otro lado, Antón tampoco tenía otra opción más que la de seguir trabajando en casa junto a su hermano. ¿Cómo iba a cambiar a sus cuarenta y cinco años e ir a vivir a Zaragoza si no había hecho nada diferente en la vida? –pensaba. Por ello, de nuevo, como ocurriera hacía casi veinte años con Carmiña, renunció al amor; a lo mucho que fuera de allí podía ofrecerle la vida. Así es que, ante la clara respuesta dada por Elena, Antón no dijo ni oste ni moste.

Antón comenzaba una nueva etapa en su vida tanto por la edad como por la relación rota con Elena. Consecuentemente, su nombre iba siendo modificado por los vecinos en general. Se escuchaba “Antoñón” en los saludos cariñosos de los oriundos del pueblo, en el trato, en las conversaciones diarias,... y no sólo en las calles de Añón,

también lo empezaban a llamar así , además de los habitantes del Moncayo, los del Campo de Borja. Del mismo modo, su sobrino “ Manolito” ya era, con tan sólo veinticinco años, Don Manuel Escartín. Junto a su tío había aprendido a amar a los animales y también junto a su tío había aprendido la desgracia que representa para una familia perder la única vaca que tenían. Una vez finalizados sus estudios de Veterinaria con calificaciones brillantes en la Facultad de Zaragoza, se había doctorado con la Tesis “ Enfermedades del ganado lanar y vacuno” y había obtenido la calificación de sobresaliente Cum Laude. Tenía fuerte apego a su tierra y por ello, su gran ilusión era permanecer en los pueblos del Moncayo y poder ejercer la profesión que deseaba desde su más tierna infancia. Consideraba además que quedarse allí iba a llenar de orgullo y dar felicidad a su tío, del mismo modo que la daría a la gente humilde de la zona de su Moncayo querido. Comenzó a realizar pequeños trabajos por los alrededores, de forma desinteresada, casi gratuita. Con su buen hacer alimentado por el mucho saber, fue ganando la confianza de las gentes que, poco a poco, le confiaban la salud del ganado, la mejora en las cosechas y en general todo aquello que de una u otra forma estuviera relacionado con las actividades agropecuarias. Así abarcó toda la zona del Moncayo – la aragonesa, la soriana– y de buena parte del Campo de Borja.. Muchos de los habitantes comentaban la profesionalidad de Don Manuel y le obsequiaban con lo mejor que tenían o hacían. Todo era poco para Don Manuel, los mejores quesos, el mejor requesón, la mejor miel con esencia de flores del Moncayo, las mejores conservas. No obstante, la dedicación de Manuel era tan exclusiva y era capaz de desplegar tanta actividad que su tiempo de ocio era inexistente. Sus días - como meros acumuladores de ayer- pasaban sin el tiempo necesario para saborear el amor.

Con el quehacer diario, Don Manuel acumulaba experiencia, acudiendo, incluso a horas intempestivas, a gran cantidad de avisos que le llegaban de los abundantes pueblos dispersos en el Moncayo. Los días pasaban volando, como había ocurrido con sus cuarenta y nueve años y trescientos sesenta y cinco días. Su tío, Antoñón, ya con setenta años, lo miraba con el inmenso cariño contenido en sus ojos hundidos y apagados por la edad, que se encendían, únicamente, con el reflejo rojo de las teas resinosas encendidas en el fogón. En cada uno de los atardeceres de invierno que se eclipsaban en tempranas noches, tío y sobrino charlaban hasta bien entrada la noche con la tranquilidad que confieren las pinceladas de brillo carmín de las ascuas encendidas crepitando.

Don Emilio, uno de los grandes ganaderos del Moncayo, propietario de numerosas parideras, requirió los servicios de Don Manuel para que intentara sofocar la fuerte fiebre de sus ovejas, que corría de unas a otras como fuego en el rastrojo y ponía en peligro su ganadería. Ante la posibilidad de un rápido contagio, la actuación veterinaria era necesaria y debía ser inminente para poder atajar, en definitiva, la enfermedad que ocasionaba una disminución considerable en la producción de leche, malos partos, una mala crianza de ternascos y cabritos en pleno proceso de mamar e incluso la muerte de algunas cabezas adultas. Siempre era sumo el interés en su trabajo, pero este caso le tocaba más su fibra sensible porque allí, en ese lugar, vivía Lucía, la hija de Don Emilio. La había conocido, meses atrás, en el baile de las Fiestas de Trasmoz, sintiéndose atraído de manera irresistible por ella. Tal vez fuese por su seriedad unida a su aspecto un poco tristón a consecuencia de la enfermedad de su madre con larga agonía que, le había dejado infinidad de posos dolorosos en el corazón y una imborrable huella en los ojos ensombrecidos y sin brillo, pero para Manuel, los ojos de Lucía eran los más hermosos que había mirado.

Llegar a las parideras del Rebollar de don Emilio no era tarea fácil. Se accedía por una pista forestal con márgenes de coscojas y otros arbustos empolvados. El último tramo había que hacerlo a pie, tomando caminos que trepaban por las laderas del monte de la Mata, para acabar confluyendo en una explanada donde, resultaba difícil comprender la construcción de las parideras tan fuera de mano, a no ser que esa ubicación hubiese sido pensada para que el ganado estuviese más cerca de los pastos y en contacto con la pureza del cierzo del Moncayo. De allí surgían caminos más atrevidos que escalaban el fuerte desnivel y finalizaban en la cumbre llamada Cabezo de la Mata. En realidad, los parajes paradisíacos de los alrededores de la casa de Lucía fueron testigos del amor que ellos se profesaron.

Fue necesario que pasaran tan sólo ocho meses para que Manuel y Lucía unieran sus vidas en matrimonio. Los añoneros creían que Manuel se quedaría soltero como su tío Antón por varias circunstancias: una de ellas, su edad avanzada; otra, su exclusiva dedicación al trabajo que se le había comido el tiempo para mantener una relación amorosa; y por último, y como causa fundamental porque, tras el fallecimiento del resto de

la familia, Antón se resistiría a abandonar “ *Casa Hidalgo*” y el sobrino sería incapaz de dejarlo solo después de la fuerte unión entre ambos. En cuanto a Lucía, los lugareños se preguntaban, cómo habría sido capaz de ganar el corazón de D. Manuel si era una mujer no demasiado agraciada y también entrada en años. Así es que, ante la extrañeza de unos y la sorpresa de otros, la noticia corrió por los pueblos del Moncayo como la pólvora, y no sólo en el Moncayo, también en las comarcas vecinas.

Pasaron los años...

Con el paso del tiempo, todo se le hacía más grande a Antón. La casa vacía se le presentaba más inmensa que nunca. Añoraba con mucho sentimiento el recuerdo de toda la familia sentada en torno al fogón. Los espaciosos establos ahora solo recogían unas pocas ovejas que dormían espaciadas. En el pueblo, el silencio cada día se apoderaba más del oído de sus moradores. A Antón únicamente le quedaba la alegría de los atardeceres, cuando Manuel venía a visitarlo. También la compañía de Gas VIII a quién contaba sus penas, su soledad, sus preocupaciones,... Junto a su perro caminaba por sendas, recordando las horas de esfuerzo para acudir a los campos más alejados, las grandes caminatas para acercarse a otros pueblos, la dureza de levantar muros que limitaban los campos en terrazas para conseguir el buen aprovechamiento de las laderas del monte, los largos recorridos en trashumancia donde encontrar buenos pastos,... y tantas otras cosas más.

Y al final, Antón había aprendido que lo único que vale, –cuando la vida alcanza su último cuarto menguante – es el amor que uno puede recibir. El amor de una mujer que esté a tu lado. Pero claro, pensó, para recibir el fruto hay que sembrar, hay que arriesgar en la siembra. Y eso él nunca lo había hecho. Así es que Antón ya había aceptado que sus últimos años iban a transcurrir en soledad, en los mismos parajes que lo habían visto nacer y que bebería el agua de la misma fuente, de la fuente de la Cueva.

Apoyado en su gayata, en su vieja y roma gayata, observaba los grupos de ovejas de otros vecinos diseminadas sobre la tasca y le invadía la nostalgia originada por el recuerdo de una dicha perdida. Los grupos de ovejas parecían crear el mismo decorado

de su juventud, con la misma disposición, sin embargo ya no eran las mismas ovejas. Eran otras, aparentemente iguales.

Miró hacia arriba, hacia las nubes, hacia donde siempre y el azul del cielo sí que le pareció idéntico a aquel. Hay algunas cosas que no cambian, pensó, que quedarán igual para siempre. Y una lágrima furtiva empezó a recorrer lentamente su mejilla.

“Por fortuna, el devenir del tiempo ha desenterrado los vestigios y a los testigos para que el rumor se transforme en relato.